

x-rite

colorchecker classic

T 104154  
C 1145605

R. 30.237

25/6

# FIESTAS DEL PILAR

## RESEÑA

DE LAS

SOLEMNES SESIONES CELEBRADAS POR LA JUVENTUD CATÓLICA

DE ZARAGOZA

EN LOS DIAS 14 Y 18 DE OCTUBRE DE 1872

CON LOS DISCURSOS Y POESÍAS

DE LOS SEÑORES ACADÉMICOS

por el presbítero

D. EDUARDO GASQUE Y VIDAL

Á BENEFICIO DE LAS OBRAS DEL SANTO TEMPLO

DE NUESTRA EXCELSA PATRONA



ZARAGOZA-1872

Establecimiento Tipográfico de Calisto Ariño

COSO 108

A-200

23

AFA 00108

Dec. 24

H-169

T 104154

C 1145605

R. 30.237

25/6

# FIESTAS DEL PILAR

## RESEÑA

DE LAS

SOLEMNES SESIONES CELEBRADAS POR LA JUVENTUD CATÓLICA

DE ZARAGOZA

EN LOS DIAS 14 Y 18 DE OCTUBRE DE 1872

CON LOS DISCURSOS Y POESÍAS

DE LOS SEÑORES ACADÉMICOS

por el presbítero

D. EDUARDO GASQUE Y VIDAL

Á BENEFICIO DE LAS OBRAS DEL SANTO TEMPLO

DE NUESTRA EXCELSA PATRONA



ZARAGOZA-1872

Establecimiento Tipográfico de Calisto Ariño

COSO 108

FESTAS DEL PILAR

RESINA

EN LOS DIAS 14 Y 15 DE OCTUBRE DE 1878  
CON LOS DISCURSOS Y Fiestas

DEBENACON-ARQUE Y VILLA

## PRÓLOGO.

---

Si bien esta reseña formará parte de la «Crónica de las Fiestas» que ya se está imprimiendo, para darse á luz dentro de poco, los deseos que tenemos de complacer al público impaciente de la capital y de satisfacer los pedidos de afuera, nos han impulsado á publicar con anticipacion este cuaderno separadamente.

PROLOGO

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Si bien esta tesis forma parte de la «Colección de las Tesis» que se está imprimiendo, para dar a los señores de pose, los señores que deseen de comprar el libro completo de la obra, así y de satisfacer los pedidos de otros, nos han autorizado a publicar con esta edición este cuaderno separadamente.

---

---

PRIMERA SESION SOLEMNE  
DE LA  
JUVENTUD CATÓLICA DE ZARAGOZA  
EN EL DIA 14 DE OCTUBRE

---

VAMOS á dar una ligera noticia de la primera sesion que para honrar á la Virgen del Pilar ha celebrado la Juventud Católica, bajo su presidencia, en el Paraninfo de la Universidad, que por esa circunstancia pudo bien llamarse, con el dia citado, de santuario de la ciencia.

Estaba lujosamente adornado. Nueve arañas y veinticuatro candelabros derramaban una luz clarísima segun correspondia para expresar la verdad católica, luz de la inteligencia y vida del corazon.

Un escogido concurso llenó por completo su recinto correspondiendo á la invitacion que fué por medio de tarjetas. Bajo el cuadro de la Virgen estaba sentado, para presidir

con Ella, nuestro sábio y bondadoso Prelado, teniendo á su derecha al Excmo. Sr. Patriarca de las Indias y á la izquierda al Excmo. Sr. Obispo de la Habana, detrás del cual estaban sentados los de Nueva Cáceres y Badajoz. A la derecha del Excmo. Sr. Patriarca se hallaba el Sr. Obispo de Archis, auxiliar que fué de Madrid. Seguian luego por su turno los Excmos. Sres. Concejales de Ayuntamiento y señores Catedráticos.

Abrióse la sesion con la lectura del acta de la sesion preparatoria celebrada por la Junta directiva de la Juventud Católica y de las disposiciones, por unanimidad acordadas, al efecto de dar esplendor á esta manifestacion espresiva del sentimiento religioso de los aragoneses, tan bien interpretado por su porcion escogida y su esperanza mas legítima, la única denominada propiamente con el calificativo de Juventud, en sentir del orador elocuentísimo Sr. Godró: y ha correspondido de tal suerte á sus trabajos el resultado, que mereció escuchar de los autorizados lábios del señor Obispo de la Habana los mas satisfactorios elogios. No hay duda que su presencia y la de los Excmos. Sres. Arzobispo, Patriarca y Obispos ha dado lustre á esta sesion sobre todas las celebradas por la Juventud Católica de España. Hablaron los Sres. Del Campo, Morales, Comin, el mencionado Sr. Godró y el Excmo. Sr. Obispo de la Habana. Leyeron poesías los Sres. Morales en nombre del Sr. Matheu (el que obtuvo el primer premio en el Certámen poético), Jardiel Monton y D. Gerardo Mullé de la Cerda.

Pero basta de preámbulos y pasemos á reseñar como veraces cronistas imparciales.

Al Sr. Vicepresidente segundo, Sr. Del Campo, cupo el honor de dar por empezada la sesion, pues el Presidente D. Ignacio Aybar, tan estimado del público zaragozano por sus nada comunes dotes oratorias, por sus finos modales y religioso celo, no pudo asistir hallándose lejos de su hogar, víctima de la persecucion de aquellos de sus ene-

migos, á quienes ha bastado el invocar el *salus pópuli*, como el tirano Carlos III invocaba, para espulsar á los hijos de San Ignacio de Loyola, las razones que se reservaba allá en su real pecho. Este proceder incalificable que conozco por esperiencia, lo condeno con libertad. Pero segun apareció del bien compuesto discurso del Sr. Del Campo, la intolerancia no es patrimonio esclusivo de nuestros revolucionarios, que ya en el siglo xvi el protestantismo asomó por la frontera de nuestra pátria el rostro de ferocidad, si bien cubierto con el vergonzoso velo de reforma, y gracias á los esfuerzos de nuestros tercios y de Felipe II y de los otros reyes sus sucesores, que apoyados y alentados con la confianza y respeto de nuestro ilustrado clero y de nuestro pueblo, pudieron oponer un dique al universal desbordamiento, contener al jansenismo y al volterianismo y conservar nuestra nacionalidad con la unidad católica, tan trabajosamente adquirida y con tantos esfuerzos conservada para nuestro bien por los monarcas sucesores de Recaredo.

Hé aquí su discurso.

«En la necesidad de dirigir la palabra, siquiera sea por breves momentos, á este respetabilísimo auditorio, por la circunstancia de hallarme accidentalmente presidiendo esta Academia; séame permitido asegurar que me encuentro en una situacion tan difícil para mí, que no acierto á pronunciar una sola palabra: mucho mas, cuando alguno de vosotros recordará los brillantes discursos que en otras sesiones extraordinarias, ha pronunciado el digno presidente de nuestra Academia, D. Ignacio de Aybar.

Necesario era para que yo venciera el temor que me infunde este recuerdo y el conocimiento de mi ningun valer, que esta obligacion me estuviese impuesta de una manera tan ineludible, y que contara además con toda vuestra benevolencia, que no dudo me concedereis, porque nadie es tan indulgente como las personas verdaderamente ilustradas. (*Señales de aprobacion*).

Lejos de mí el propósito de merecer vuestros aplausos; lo que voy á deciros no ha de tener mas mérito que el de ser tan sumamente breve, que apenas temo molestar vuestra atencion.

Consagrada la sesion de este dia á nuestra excelsa Patrona la Virgen del Pilar y en obsequio de los ilustres prelados que honran con su asistencia á la Juventud Católica de Zaragoza, quiero tan solo, al ser intérprete de la alegría que hoy siente esta Academia, fijar vuestra atencion sobre los dos sentimientos que, si no me equivoco, dominan todos los corazones: sobre el consuelo, por una parte, y la esperanza, por otra, de que hoy se halla poseido todo verdadero católico. El consuelo de ver realizadas por la caridad esas obras colosales, precisamente en los tiempos en que mas atacado se ve el Catolicismo en todos los terrenos y en todos los países de Europa: la esperanza de que Zaragoza y el mundo vean desaparecer ignominiosamente al agonizante protestantismo, que no hace mucho logró introducirse entre nosotros con tímida é insegura planta, merced á desdichas que es inútil recordar.

¡Ah, señores! Hacía muchísimos años que esa planta venenosa que se llama la Reforma, deseaba apoderarse de la católica España. Si nos fijamos un momento en los trabajos que con este objeto ha hecho, quedaremos asombrados ante la inmensidad de sus esfuerzos y ante la pequeñez y mezquindad de los resultados que ha conseguido. Detenida la Protesta por la mano vigorosa de Felipe II, que la combatió sin descanso con las armas y con la política en toda Europa, reprimiendo al mismo tiempo severamente los amagos de la heregía en España; no ceja en su propósito, y aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para derrocar la obra del gran Felipe II, verdadero azote del protestantismo.

España fué en aquel tiempo la que Dios eligió para salvar el Catolicismo, porque España era la única nacion ex-

clusivamente católica, y por eso su poder no reconocía límites. Recordad lo sucedido á fines del siglo xvi aquí en Aragon y fijaos un momento en considerar los males que hubieran caido sobre España y sobre el mundo, tan solo con que en Aragon hubiese dominado la herejía.

Martin de Lanuza al frente de 500 hombres, la generalidad bearneses hugonotes, entra en Biescas; el país se levanta contra él y lo destroza, matando así en su origen una guerra que tan cara pudo costar á España. Pues bien; si los aragoneses hubieran sido entonces protestantes, en vez de batir á los bearneses, los hubieran recibido con los brazos abiertos, y el ejército de Vargas hubiera sido impotente para contener las fuerzas del reino de Aragon, que podia contar con la proteccion de Enrique IV el formidable enemigo de Felipe, y con el apoyo de todos los protestantes de Europa.

Felipe II se encontraba reducido á sus propias fuerzas y en guerra con los Países-Bajos, con Italia y con los herejes franceses. Portugal, cuya conquista no estaba asegurada, distraia una parte de sus fuerzas; y Cataluña llevaba impaciente el yugo de la dominacion castellana, como lo acreditó más tarde su formidable rebelion.

Ahora decidme: si Aragon se hubiese levantado por los bearneses, ¿qué hubiera sido del Catolicismo y de España? El Catolicismo hubiera triunfado como siempre, pero no sin grandes sacrificios y sin una constancia á toda prueba: en cuanto á España, tal vez hubiese desaparecido del número de las naciones católicas, y arrastrando una existencia miserable, hubiera venido á caer en la impotencia, y quién sabe si en la esclavitud.

Afortunadamente, Aragon era como siempre sinceramente católico, y la monarquía española pudo vencer y dominar al protestantismo, el cual, viendo que nada conseguia por el camino de la fuerza, trató de ganar á España por medio de la astúcia; y fingiendo venir á dar á los pueblos libertad, logró crear un protestantismo político que domina al mundo,

y si no ha podido hacer á los pueblos protestantes en religion, ha conseguido que naciera la indiferencia religiosa y el antagonismo entre todos los gobiernos y la Religion Católica.

Iniciada la decadencia de la Monarquía Católica Española en tiempo de Felipe III, viene á estar agonizante á la muerte de Carlos II; pero todavía eran el Gobierno y el pueblo español demasiado católicos para que tan pronto se vieran los efectos causados por los trabajos de la Reforma.

Carlos III tuvo ya la desgracia de que sus ministros, con un buen corazon, tuvieran enferma la cabeza; por eso el protestantismo ganó terreno é hizo que los ministros de Carlos IV tuvieran mal corazon y poco talento.

En esta época se creyó ya fuerte el protestantismo, y valiéndose de los principios que proclamó la revolucion francesa, y que eran los que profesaban algunos de los individuos del gobierno español, trató de dar el golpe de gracia á la nacionalidad española, ó mejor dicho, al catolicismo en España, por medio de la invasion francesa.

Al principiar la gloriosa lucha de nuestra independenciam, habiam en las clases elevadas mas hipocresía que virtud; pero en el pueblo sucediam todo lo contrario: por eso la resistencia se basa en el pueblo y en sus sentimientos religiosos; por eso los patricios en quienes el sentimiento católico estaba vivo, fueron fieles á España, mientras que los cortesanos de Godoy se pusieron de parte del usurpador José I.

El pueblo entonces destrozó los ejércitos franceses que eran el terror del mundo, y sin embargo aquella lucha gigantesca fué completamente estéril en el terreno de las ideas: los vencedores hicieron suyas las de los vencidos, y desde entonces pudo el protestantismo avanzar mas en nuestra pátria. Esas ideas circunscritas al principio á las clases mas elevadas, fueron descendiendo poco á poco de una clase social á otra; y á medida que descendian iban

brotando de ellas nuevas consecuencias, que no por ser absurdas y terribles dejaban de nacer lógicamente de los principios sentados en nombre de la libertad de los pueblos. El triste resultado de todo esto bien sabéis cual es; la unidad católica, esa estrella luminosa que ha alumbrado la cuna de nuestra monarquía y de nuestras glorias en Covadongay en San Juan de la Peña, y la ha sido enseña de nuestro estandarte en la lucha de ocho siglos contra todo el poder de la medialuna: ese sagrado pendon de la unidad católica que guió á nuestros matinos al descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo como guiaba á nuestros invencibles tercios cuando eran la admiración de la Europa postrada á sus piés: que unido al que llevaba en su centro la imágen de la Virgen del Pilar, era el que ondeaba triunfante sobre los débiles muros de Zaragoza, desafiando el poder formidable de Napoleon I y abatiendo y destrozando los ejércitos que ya no encontraban en el mundo enemigos que se les pudieran oponer, ha sido hecho girones tan solo por admitir entre nosotros á la Reforma, á ese enemigo irreconciliable de España desde su aparición en el mundo.

Abrióse al fin en la ciudad de María una capilla protestante, cuando la Reforma tenia á su lado todo lo que puede favorecer el desarrollo de una idea; y ¿qué es lo que ha conseguido? Protegida y auxiliada por toda clase de elementos materiales, apenas se sostiene de una manera tan lánguida, que hace prever su próxima y total desaparición, mientras que la Iglesia del Pilar, privada de cuantos recursos le habia legado la fé y la caridad de nuestros mayores, llama por medio de nuestro virtuoso y sabio Prelado, á todas las clases sociales, para pedirles un donativo con que ejecutar las numerosas obras que se han llevado á cabo; y el pueblo aragonés, y España toda, siempre entusiasta de su querida Virgen del Pilar, acude presuroso al llamamiento, y á pesar de las muchas causas que le impiden dar todo lo que quiere, da todo cuanto puede, y se

gastan cerca de siete millones en enriquecer el Santo Templo.

Esto, mejor que nada, os demostrará la grandeza de la Virgen del Pilar, el amor que los aragoneses le profesan y lo imposible que es, que en este país arraigue el protestantismo.

Este, despues de tres siglos de trabajar sin descanso, y viéndose apoyado por todos los gobiernos del mundo, logra abrir una insignificante capilla, que despues de cuatro años de existencia no tiene adeptos ni puede sostenerse sino es con los recursos extranjeros.

La vírgen del Pilar, por el contrario, domina desde su aparicion á Santiago, y domina por el amor de una manera tal, que despues de tres siglos de estar constantemente combatida la Iglesia Católica, y precisamente momentos antes de romperse su unidad, única gloria que de nuestro antiguo esplendor nos quedaba, se principian y se llevan á cabo esas magníficas obras, para las que solo se cuenta con la inagotable caridad de España, y principalmente del pueblo aragonés.

¡Ah, señores! Aragon es y será siempre exclusivamente católico, y no puede consentir por mas tiempo sin protestar de una manera enérgica que se eche sobre su frente el borron de tener en la ciudad predilecta de María un templo protestante. Aragon trabaja y trabajará sin descanso, no solo por el esplendor de la Virgen del Pilar, sino porque desaparezca de Zaragoza lo que nunca debió ni aun soñar llegar á ella. Este es el deseo unánime de todo aragonés, y la Juventud Católica, creada únicamente para la defensa del Catolicismo, no cumpliria con su mision si hoy que es un dia de regocijo para Zaragoza y para España, no hiciera cuanto está de su parte para contribuir á la mayor solemnidad de tan fausto acontecimiento.

Poco vale y poco puede, pero sirva de contrapeso su mucha voluntad; y las incesantes súplicas que dirige á Dios

para que abreviando los dias de prueba para su Iglesia, haga aparecer pronto el momento de su definitivo triunfo; y pase ya á la historia con el séquito de los inmensos males que ha ocasionado, el audaz protestantismo con todas sus fatales consecuencias.—HE DICHO.»

Al terminar fué saludado con entusiastas aplausos.

### DISCURSO DEL SEÑOR MORALES

---

Era este apreciable jóven conocido ventajosamente como escritor, habiendo redactado el festivo *Papelito Aragonés*, pero su disposicion y dotes oratorias no eran tan apreciadas entre sus paisanos como no lo es durante la estacion misma de los hielos el fuego que se oculta en las cenizas. Revolvedlas y sentireis calor bastante á confortar vuestros ateridos miembros. Y debió ser grande la irradiacion del que produjo la palabra del Sr. Morales, á juzgar por las señales de entusiasmo del auditorio, manifestadas por los frecuentes aplausos. Verdad es que el público aplaudia los propios sentimientos: sentimientos de gratitud á los Obispos de España, representados en los que asistieron; de piedad hácia la pátria, Aragon, Zaragoza, donde cada piedra, como dijo bien, es un recuerdo de gloria, un testimonio de grandeza y la mayor de ellas *El Pilar*. Por eso lo saludó como un signo de bonanza en la deshecha tempestad. Y así cuando pidió benevolencia para enaltecer la religion, origen de nuestras glorias y grandezas, fué por galantería, no por necesidad.

Mas dejémosle la palabra.

EXCMOS. É ILMOS. SEÑORES:

Faltaría á uno de los deberes mas gratos á mi corazon si antes de comenzar el discurso de que estoy encargado, no saludase profunda y respetuosamente al episcopado español dignísimamente representado en este lugar por vosotros; y creeria ofender asimismo el sentimiento católico de los aragoneses, si en su nombre no saludase igualmente á los ilustres prelados que, con su presencia, han venido á dispensar una honra más á la ciudad invicta, cuna de héroes y sepulcro de mártires; pilar indestructible de la fé católica que nos legaron nuestros mayores, y que nosotros hemos de transmitir incólume á las generaciones venideras.

En el corto tiempo que Zaragoza tiene el honor de contaros entre sus huéspedes, habreis podido comprender que no es posible dar aquí un solo paso, sin tropezar con un recuerdo venerable por su santidad ó por su gloria.

Jigante esforzado y primer campeon de su independencia, Zaragoza ostenta con orgullo millares de cicatrices cuyos bordes todavía se enrojecen, cuando el jigante recuerda el encarnizado combate en que recibiera sus heridas, mientras que, al propio tiempo, eleva á Dios una fervorosa súplica en favor de sus hijos sacrificados. (*Muestras de aprobacion*).

Mas no son esas cicatrices su mayor honra; tiene otra mas grande, mas notable, mas elevada, mas completa.

La tierra que nosotros hollamos diariamente, y que vosotros, excelentísimos señores, habeis hollado, es una tierra bendita por la presencia de la co-redentora del linage humano, madre de *Aquel* que tiene por escabel los astros, los elementos como señales de su poder, del que cruza la infinidad del espacio en alas de la tempestad, que es el eco de su enojo, y seguido del iris de bonanza que es la imagen de su misericordia. (*Aplausos*).

Ved, pues, excelentísimos señores, si Zaragoza tiene sobrados motivos para manifestarse orgullosa y sobrada obligación de ser católica como ningún otro pueblo de la tierra, puesto que tuvo la incomparable dicha de ser el pueblo escogido por la Madre de Dios para ser por él reverenciada y adorada.

Esto es, excelentísimos señores, cuanto tenía que manifestaros antes de comenzar mi discurso, en el cual voy á entrar desde luego, contando con vuestra benevolencia y con la benevolencia de todos los que me escuchan.

El asunto que me he propuesto desarrollar, consiste únicamente en enaltecer las conquistas de la fé cristiana, á la que debe Aragon sus mas preciadas glorias y el éxito de sus mas heróicas empresas.

Para encontrar la demostracion de este aserto, no necesitaré mendigar estrañas mercedes; pues por donde quiera que abrais el libro de nuestra incomparable historia, y en donde quiera, tambien, que fijeis vuestra escrudriñadora mirada, encontrareis una página gloriosa custodiada respetuosamente por la fé, como si aquel depósito de nuestras pasadas grandezas le perteneciese por entero.

A grandes rasgos, aunque toscamente delineados, procuraré describir la marcha triunfante de la bandera cristiana en su titánica lucha contra el estandarte mahometano; lucha de cinco siglos comenzada por un puñado de héroes entre las asperezas del Pirineo, y llevada á término feliz por un ejército de caballeros en los hermosos campos de Valencia y de Murcia.

Yo os haré ver que solo la fé puede salvar á los pueblos en todas las ocasiones; puesto que esa virtud posee fuerza bastante no sólo para trasladar las montañas, sino lo que es más todavía, para volver á la vida á las naciones muertas en la idea de la moral, de la dignidad y de la justicia.

Veámoslo.

Acababa de hundirse en el Guadalete el honor de las ar-

mas españolas, acaudilladas por el débil Rodrigo, víctima real de esas pasiones que siempre hacen segura presa en los hombres de vida muelle y afeminadas costumbres.

Sobre los cadáveres, aun palpitantes de los vencidos, y dejando atrás los trofeos de su sangrienta victoria, avanzan los vencedores rápidos como el viento agujijoneados por el acicate de la codicia, talando á su paso las feraces y risueñas campiñas de la Bética, salpicadas de flores, bajo un cielo purísimo tachonado de estrellas.

Nada resiste á las soberbias legiones de Tarif, y todo cede, por el contrario, á la fuerza impetuosa de su carrera.

El brazo del envilecido godo no puede ya soportar el peso de la lanza, ni su pulmon respira libremente bajo la acerada cota; y al ver invadidos sus hogares y repartidas como botin de guerra sus afligidas esposas, lloran como débiles mujeres los que no saben morir como hombres: que esta es la suerte de los pueblos degradados por la mollicie, los cuales si aman la fé, carecen de valor para defenderla; si aman la pátria, es mientras la pátria no exige sacrificios; y si aman su hogar no le aman tanto por ser el santuario de la familia, cuanto porque en él viven tranquilamente la vida del ocio y de la disipacion.

Este es el estado en que los hijos de Mahoma sorprendieron al pueblo español que, si supo antes luchar trescientos años contra el inmenso poder de Roma, no pudo ahora detener por un solo dia la invasion de las africanas legiones.

Desde este momento , pues, aparecerá cambiada la faz de España: su religion, sus leyes, sus costumbres, todo va á perecer en el naufragio de su nacionalidad.

Jesucristo será arrojado por Mahoma; al Evangelio, gérmen fecundo de civilizacion y verdadero progreso, sucederá el Alcorán que condena al hombre á perpetua esclavitud y quietismo; á la cruz, símbolo de la fé, sustituirá la media luna, emblema de la fuerza; á la pureza del matrimonio,

sancionado por Dios, la impureza de la poligamia autorizada por el hombre; y, por último, á la religion católica fundada por el sacrificio, aceptada por la fé y la razon y difundida por el amor, sucederá el islamismo fundado por la astucia, aceptado por la ignorancia é impuesto por la fuerza.

¡Malditos sean los pueblos envilecidos que así se dejan arrebatar sus mas caros intereses! (*Prolongados aplausos*).

Mas como los hombres preparados para la servidumbre no pueden menos que ser esclavos, los godos, en su mayor número, prefirieron á la vida augustiosa de los campamentos el reposo de las grandes ciudades, aun á trueque de vivir bajo el cuchillo de sus vencedores.

Solo un puñado de valerosos aragoneses levantaron el estandarte de Cristo contra el de Mahoma, y sobre el monte Arbe juraron morir en defensa de su religion y de su pátria, derrotando al poco tiempo á uno de los ejércitos agarenos. Otras muchas siguieron á esta victoria, hasta que pudiendo ya dejar los aragoneses las escarpadas rocas, teatro de sus primeras hazañas, empezaron á tomar asiento en los valles; y entonces fué cuando queriendo significar la ley á que obedecian, adoptaron por símbolo una cruz sobre un árbol, primer emblema de las armas de Aragon.

Asombra, señores, contemplar el heroismo de aquel escaso número de hombres que, atentos solo á defender su religion é independencia, levantan con denodado esfuerzo el ensangrentado pendon de la pátria hecho pedazos en las márgenes del Guadalete.

Ellos abandonan sus familias, sus intereses, la cuna de sus hijos y el sepulcro de sus padres, resueltos á combatir no para alcanzar un triunfo que sabian estaba muy lejano, sino para servir de ejemplo al resto de los hombres, sellando con su sangre su entrañable amor por la religion y la pátria.

Pero tanto como que su heroismo, asombra, acaso, su

prevision y sabiduría que supo, entre el estruendo de los combates, echar los mas sólidos cimientos al edificio de nuestra regeneracion religiosa, política y social, colocando al lado de la monarquía, por cuya forma de gobierno habian optado, aquellas hermosas leyes que constituyen el fuero de Sobrarbe y aquella sabia institucion del Justicia, á quien todos los aragoneses podian acudir en demanda de proteccion, seguros de encontrarla, aun contra los abusos del mismo monarca.

Sublimes leyes y no menos sublime institucion que, amparadas bajo la bandera de la fé, dieron por resultado la mas hermosa de las libertades, la libertad cristiana. ¡Tan cierto es, señores, que entre los pliegues de aquella augusta bandera no tiene lugar la tiranía y solo caben la libertad y la justicia! (*Aplausos*).

Pasemos por alto los memorables hechos de los siete primeros reyes de Aragon, cuya vida se desliza en los campamentos ya con próspera ó adversa fortuna, y fijémonos un instante en D. Pedro, primero de este nombre.

Las armas aragonesas, bajo la sabia direccion de este monarca, desafiaban ya á las armas agarenas en las llanuras; pero la soberbia de los capitanes árabes no podia ver con calma el poderoso desarrollo de su enemigo, y determinaron darle golpe mortal.

El rey moro de Zaragoza marcha sobre Huesca á la que tenian los aragoneses en grande aprieto; y el monarca cristiano, replegando sus fuerzas y puesta su confianza en Dios y en la bravura de sus soldados, presenta batalla á su adversario en los llanos de Alcoráz.

Acaso del resultado de aquel encuentro dependia la suerte de la pátria. Allí iba á jugar á un solo dado toda su fortuna; su religion, sus hogares, sus intereses. ¡Qué cúmulo de tristes ideas debieron cruzar por la mente del monarca cristiano! De un lado luchaban el heroismo y la verdad: de otro el fanatismo y el error.

Un dia entero peleóse por una y otra parte con un encarnizamiento nunca visto, hasta que las sombras de la noche vinieron á ocultar aquel cuadro de sangre y de cadáveres.

El primer rayo del sol alumbró la victoria de los aragoneses, y en memoria de tan señalado triunfo, el rey mandó erigir un templo sobre el sitio de la batalla en honor de San Jorge á quien aseguraban haber visto los soldados peleando en sus filas contra los enemigos.

Y ya que he hablado de esta aparicion, que una tradicion piadosa conserva, saldré al paso de una observacion que hacen algunos espíritus fuertes pretendiendo desvirtuarla. (*Profunda atencion en el auditorio*).

Esas apariciones, dicen, no han existido realmente; porque nunca han sido ni pueden ser otra cosa que el resultado de una exaltacion fanático-religiosa, pero de todos modos, añaden, es indudable que esas imaginarias apariciones pueden ser causa en el hombre de prodigiosos hechos.

En esta observacion se advierte una confesion muy singular, que no hace mucho honor á la filosofia ni á la lógica de sus autores.

Niegan la causa sobrenatural, pero confiesan su efecto; y como saben que no hay efecto sin causa, buscan ésta en la exaltacion fanático religiosa, es decir, en aquel estado anormal del hombre en que, segun ellos, fluctúa el espíritu entre la estupidez y la locura.

Tenemos, pues, que por negarse á reconocer un milagro de Dios, vienen á reconocer un prodigio obrado por el hombre estúpido ó loco; y que por no ser deudores á la Providencia de la salvacion de la pátria, se ven obligados á confesar esta deuda á la exaltacion fanático-religiosa, ó, para hablar su lenguaje, á la estupidez y á la locura.

Son, entonces, los espíritus fuertes, no nosotros, los que sin saberlo hacen del fanatismo una virtud á la cual deben los españoles su religion, su pátria y sus intereses; porque

conviene advertir, señores, una coincidencia singular consignada en la historia, y que, sin embargo, pocos se han fijado en ella.

Tres son los momentos solemnes por que ha pasado la nacionalidad española durante la reconquista.

El primero aquel en que el rey D. Ramiro de Asturias con un reducido ejército vence y aniquila á sus enemigos, en número infinito, en la memorable batalla de Clavijo; en la cual, según la tradición, peleó Santiago entre las haces cristianas.

El segundo aquel en que D. Pedro I decidió jugar la suerte de Aragón á un solo dado, presentando en batalla campal todo su ejército contra el ejército agareno que, según un historiador, ocupaba una extensión de tres leguas, por manera que bien puede asegurarse que los cristianos pelearon en proporción de uno contra diez.

Esta fué la batalla de Alcoráz, en la que, como he dicho antes, se apareció San Jorge á los soldados aragoneses.

Y el tercero cuando D. Alfonso el Batallador riñe á las puertas de Zaragoza, centro de la morisma, sangriento y decidido combate, en medio del cual se apareció San Miguel á los soldados cristianos.

Aquí teneis tres apariciones verificadas en los tres momentos mas solemnes para las armas españolas.

¿Quereis que no hayan existido tales apariciones y todo sea obra del fanatismo?

Pues entonces, señores, bendito sea el fanatismo que salva la patria. (*Repetidos y prolongados aplausos*).

A D. Pedro I sucedió su hermano D. Alfonso, que después de treinta victorias campales mereció el renombre de Batallador.

En sus primeros años fué instruido en las letras humanas por un monje de San Juan de la Peña, á quien siguió al monasterio de Puyo; pues en aquellos dias, como observa muy oportunamente un juicioso historiador, «los varones

doctos no buscaban la honra de los palacios, sino que antes bien los príncipes honraban la sabiduría siguiendo en pos de sus preceptores.» Este monarca, prototipo del guerrero cristiano, vence á los castellanos y leoneses, y revolviendo airado sus huestes pone sitio á Zaragoza.

Ocupado en tan colosal empresa, recibió del romano pontífice un breve alentándolo con sus gracias espirituales para el buen éxito de la conquista, y después de un cerco de seis meses entra en Zaragoza D. Alfonso como conquistador; siendo su primera medida erigir en Catedral la mezquita mayor, bajo la denominación de San Salvador, á la que conocemos con el nombre de La Seo.

Desde entonces parece que la mano de la Providencia dirige todos sus pasos, y en poco tiempo vence y subyuga á los reyezuelos que habían sido tributarios del de Zaragoza; hasta que por fin muere cerca de Fraga después de una serie no interrumpida de portentosas victorias: pero los ejércitos agarenos habían ya recibido de mano de Don Alfonso el golpe mortal, y Aragón respiraba libremente.

El imperio de Mahoma se disolvía, no solo por la fuerza del corrosivo que llevaba en sus entrañas, sino también porque un pueblo vuelto á la vida palpitaba vigorosamente dentro de él, y al fermentar su savia cristiana descomponía los elementos que formaban la sociedad idólatra de Mahoma; y entonces pudo observarse que, así como la sangre se retira de las extremidades del cuerpo humano al perderse la vida, así el islamismo, herido de muerte inevitable y próximo á sucumbir, retiraba todos los obstáculos que anteriormente había colocado en el camino que triunfante recorría la fé cristiana.

La resistencia de los árabes sedebilitaba por consiguiente; pero como al tigre, herido por la flecha del cazador, aun le restaban las supremas fuerzas de la agonía, y hubiera sido temeraria imprudencia entregarse al descanso sin arrebatarse el soplo de vida que le restaba.

Pedro II y Alonso el Casto le persiguen, le acorralan, le rinden; hasta que por último la espada de D. Jaime el Conquistador acaba la existencia del agareno en los hermosos campos de Valencia, quedando esta ciudad en poder de los vencedores; y en seguida el reino de Murcia queda también engarzado como piedra preciosa á la corona de Aragon, y Aragon regala á Castilla como cosa baladí, aquella rica joya de su corona ganada con la punta de su lanza, que la espléndida generosidad de los aragoneses ha corrido siempre parejas con su indomable valor. (*Aplausos*).

Y no es mucho, señores, regalar un reino los que habian hecho esclava suya á la fortuna, y cuando los caballeros aragoneses podian esclamar, parodiando al feroz Atila: «Donde nuestros caballos ponen su planta; crece el laurel de la victoria.»

Honor, pues, á la fé cristiana que supo luchar por espacio de quinientos años contra la media luna, arrojándola por último del suelo aragonés.

Molestaría demasiado vuestra benevolencia si hubiera de seguir mostrándoos las huellas de la victoria uncida al carro de guerra de los monarcas aragoneses, y ofenderia la ilustracion de muchos de los que me escuchan si hubiese de relatar las hazañas de los soldados de Aragon en la conquista de Sicilia, así como increíbles proezas llevadas á cabo por los mismos, unidos á los catalanes, en su memorable expedicion al Oriente.

En cambio de todo esto, permitidme hacer algunas reflexiones acerca de las causas de tantos prodigios, de tantos sacrificios y de tantas glorias.

Sorprendente es, señores, el espectáculo de esa lucha no interrumpida de cinco siglos en que el sacrificio de la vida y de los intereses era considerado como una cosa natural y sin importancia; y en cuya época los reyes, la Iglesia y el pueblo vivian unidos en estrecho abrazo, atentos solo á defender su religion y recobrar la patria, todo lo cual supie-

ron llevar á feliz término á costa de las mayores penalidades y privaciones.

¿Qué aliento misterioso daba fuerzas á aquellas veinte generaciones de guerreros para obrar semejantes prodigios?

Han dicho y pretendido sostener algunos escritores, que al espíritu de independencia únicamente debemos la salvación de la patria, y esto á mi juicio no es exacto.

Altivos é independientes eran los españoles en su guerra contra Cartago, y España llegó á ser sin embargo una colonia cartaginesa.

Fiero y salvaje se encerraba en los pechos españoles el espíritu de independencia durante el tiempo que lucharon contra los romanos, y á pesar de esto y del heroísmo de Numancia, los romanos se hicieron dueños de la rica Iberia.

Y es que en estas dos épocas memorables de nuestra historia, faltaba á los españoles el lazo de union que ata dulcemente las inteligencias y hace que todos los corazones palpiten unánimes por un mismo amor; el amor á la fé cristiana que brotó como raudal de gracias en el calvario al contacto de la Cruz, de la misma manera que brotó el agua de la árida roca al contacto de la vara de Moisés. (*Ruidosos aplausos*).

Este es el secreto, esta la causa principal, si no la única de nuestras glorias; este el numen inspirador de esa gran epopeya cuyo prólogo comienza en Asturias y en Sobrarbe, y cuyo epílogo escriben despues de setecientos años en la imperial Granada la vigorosa mano de Fernando de Aragon y la mano bondadosa de Isabel de Castilla.

¿A qué, pues, ese empeño tenáz en negar á la fé lo que, acaso, exclusivamente le pertenece?

Esto, ya que no otra cosa peor, es falsear á sabiendas la historia de la civilizacion que debe á aquella virtud cristiana sus mejores conquistas.

Diez y nueve siglos hace que la fé camina por el mundo consolando al que llora, enseñando al ignorante y liber-

tando al esclavo, y en premio de su bienhechora peregrinacion recibe el escarnio, la befa, la calumnia, el tormento, acaso la muerte.

Rara ceguedad de entendimiento la de algunos hombres que se empeñan en no ver las cosas como son, sino como quieren que sean.

Si negais el poder de la fé, decidme. ¿Cómo se llama aquella fuerza irresistible que precipitó la caida del mundo antiguo con sus dioses, sus ídolos, su religion, sus emperadores, sus ejércitos, sus verdugos y sus víctimas?

Si negais los triunfos de la fé, explicadme á quién se debe que el pobre haya dejado de ser esclavo, que la mujer sea respetada por el hombre, que la caridad, hija del cielo, virtud desconocida por los antiguos, haya sentado sus reales sobre la tierra; y por último que el hombre vea en el hombre un hermano no un esclavo, no un pária, no un ilota, á quien puede arrebatar la vida por el solo delito de romper un vaso de la mesa de sus festines.

Si tan inmensos beneficios y tan extraordinarias mercedes no son debidas á la fé cristiana, tened la bondad de decirnos á quién las debemos para que podamos manifestarle nuestro agradecimiento. A la libertad, direis, acaso.

¡Ah, señores! muy hermosa es la libertad.

Pero yo veo á Grecia y oigo á sus oradores y á sus filósofos, y mientras estos cantan elocuentemente las grandezas de la libertad, el pueblo griego arrastra la cadena del esclavo.

Yo veo á Roma y veo á la libertad pasar de las manos de sus reyes á las de los patricios, á las de sus tribunos, á sus legiones corrompidas, y la contemplo por último en las manos de los histriones ó de los enucos; y veo entretanto á los romanos sedientos de justicia y pidiendo libertad esclavos unas veces de sus emperadores, otras de sus tribunos, de sus patriotas ó de sus capitanes, y esclavos casi siempre de su repugnante prostitucion.

¿Comprendeis cómo esta libertad haya podido salvar al mundo? No es, por lo tanto, la libertad, sino la fé, la que arrancó al hombre de los horrores del paganismo y á nuestra pátria, mas tarde, de la tiranía de los califas.

Y ¿por qué la fé ha obrado tan grandes prodigios? preguntarán algunos.

Porque la fé no es otra cosa que el íntimo convencimiento que tiene el hombre de que lo que piensa y ejecuta es bueno, lícito, justo, razonable, y conforme á la ley divina, y no hay poder que supere al poder de este convencimiento. Así en los primeros dias del cristianismo, millares de viejos caducos, de vigorosos jóvenes, de débiles mujeres y de tiernas niñas sucumben en medio de los tormentos mas horribles, conservando la sonrisa en los lábios y fija su mirada en el cielo. ¿Y sabeis por qué?

Porque tienen fé; es decir, porque poseen el íntimo convencimiento de que la doctrina que han abrazado, y por la cual mueren, es buena, lícita, justa, razonable y conforme á la ley divina.

Un puñado de valerosos aragoneses levantan el estandarte de Cristo contra el de Mahoma, defendido por numerosas legiones; y Aragon lucha por espacio de cinco siglos contra los enemigos de su fé, y triunfa la Cruz y sucumbe la media luna.

¿Sabeis por qué? Porque los aragoneses tenian el íntimo convencimiento de que la causa que sostenian era santa y justa, puesto que la constituian Dios y la Pátria.

Colon, uno de los mas grandes bienhechores de la humanidad, surca la inmensidad del Océano en busca de un mundo de cuya existencia tenia íntimo convencimiento; y surge de las olas un rico continente del que toma posesion en nombre de la Cruz, símbolo de la fé á la que debia su conquista. (*Aplausos*).

Ahí teneis el por qué de los prodigios realizados por aquella virtud cristiana.

¿Quereis otro ejemplo más reciente? Penetrad con respeto en las ruinas de Sta. Engracia, y contemplando aquellos escombros, comprendereis hasta dónde alcanza el poder de un pueblo que lucha por su Dios y su independencia.

Ojead nuestra particular historia y ella os relatará con multitud de detalles los memorables sitios de Zaragoza, ante cuyas débiles tapias quedaron despavoridos y llenos de terror aquellos veteranos franceses, vencedores en cien batallas, por cuya razón el mundo los consideraba invencibles.

En las páginas de esa historia vereis cómo el fraile y el campesino, el noble y el sacerdote, alientan á los aragoneses con su ejemplo á la pelea, y vereis igualmente á damas distinguidas como la condesa de Bureta y á mujeres del pueblo como Agustina de Aragon lanzarse á lo más recio del combate, la una para restañar la sangre de los moribundos, la otra para hacer retroceder deshechas y despedazadas por la metralla las columnas de los soldados franceses.

Vereis también cómo en aquellos pequeños momentos de tregua, impuestos por el cansancio á sitiados y sitiadores, acuden en masa los zaragozanos á suplicar protección á su Excelsa Patrona la Virgen del Pilar, y vereis asimismo que cuando las fuerzas de los zaragozanos decaen, que también los leones desfallecen, la oración reanima su espíritu y redobla el vigor de su brazo. (*Aplausos*).

Y nunca la planta de los franceses habría hollado las calles de esta inmortal ciudad si no hubieran venido en su auxilio el hambre y la peste, contra cuyas calamidades es inútil la resistencia; así es que los franceses no tomaron posesión de un pueblo defendido por hombres, sino de un cementerio habitado por hambrientas mujeres llorando sobre los cadáveres de sus padres, de sus hermanos ó de sus hijos, y á pesar de todo los aragoneses no cejaron en su noble propósito hasta que vieron á su patria libre de las garras del águila francesa.

¿Deseais conocer la causa de estas hazañas de nuestros abuelos?

Oid una canción que, aunque vulgar, es mucho más elocuente que cuanto yo pudiera decir, porque ella entraña el sentimiento religioso y patriótico de aquella generación.

La Virgen del Pilar dice  
Que no quiere ser francesa,  
Que quiere ser capitana  
De la tropa aragonesa.

(*Ruidosos aplausos*).

He ahí explicada la causa de las victorias de nuestros antecesores.

Voy á concluir: creo, señores, haber demostrado que la fé puede hacer algo más que trasladar los nombres, puesto que puede volver á la vida, como habeis visto, los pueblos muertos en la esfera de la moral, de la libertad y de la justicia.

Yo no entraré á investigar si el mundo lo comprende de esta manera, pero sí veo con placer que las naciones cansadas de luchar á la sombra de una bandera anti-cristiana están muy cerca del desengaño; y el desengaño es casi siempre síntoma seguro del arrepentimiento, y al arrepentimiento verdadero sucede la purificación del hombre.

Tampoco entraré á señalar el medio infalible para que en el mundo se verifique esa transformación tan necesaria á su existencia.

Una autoridad, la más respetable de la tierra, lo ha dejado entrevér en estas memorables palabras:

«Ha ya muchos siglos que un hombre lleno de valor y de energía bajó de las montañas de Asturias, y poniéndose al frente de un pueblo animado de fé viva y eficaz, pudo él por su constancia y el pueblo por su fé, libertar á España del yugo musulmán y convertirla de nuevo en un país cristiano, notable por su católico fervor.

Esperemos, pues, en la fé y en la religion de los pue-

blos; esperemos que se repitan prodigios semejantes, y para que se repitan, orad incesantemente conmigo pidiéndoselo al Señor para que se acuerde de sus misericordias.

¿Quereis saber quién ha pronunciado estas frases que os he leído?

Pues es el hombre ante cuya presencia doblan la rodilla los reyes y los emperadores; es el varon venerable cuya augusta frente ciñe la triple corona de rey, papa y mártir; es, el esperto piloto que con segura mano dirige la nave de la verdad, sobre cuyas hinchadas velas no vereis la bandera de ninguna nacion determinada sino la bandera de todo el mundo, la cruz, signo de redencion que arriba sin temor á todas las playas para dejar en ellas su carga preciosa que es la fé, la esperanza y la caridad; es, por último, Pio IX, autoridad infalible para todos los verdaderos católicos.

Y ya que el nombre del inmortal Pontífice, del prisionero hoy en su propia casa con menoscabo de la justicia, de la moral y de la honra del mundo católico, ya que ese nombre, repito, ha salido de mis labios á impulso de los latidos de mi corazon, permitidme, excelentísimos señores, que en nombre de la Juventud Católica de Zaragoza, en nombre de los católicos aragoneses y en nombre, tambien, de todos los católicos españoles, permitidme os ruegue hagais presente al Jefe de la Iglesia, que aquí en España y particularmente en Zaragoza, tiene hijos que le aman con entrañable amor, hijos que lloran amargamente sus dolores, que aman lo que él ama y condenan lo que él condena; hijos, en fin, que esperan con ansia la ocasion de dar su vida en defensa de la causa del pontificado, porque ella y no otra es la causa de la verdad, de la moral y de la justicia.—HE DICHO.

*(Entusiasmo indescriptible; poderosa esplosion de aplausos y otras muestras de aprobacion.)*

## EN EL TEMPLO.

---

El alba luminosa corona la alta cumbre,  
Cual si ligeras alas quisiera desplegar;  
El Templo se ilumina, y á la primer vislumbre  
Distínguese imponente la Imágen del altar.

En la elevada torre con son agudo y lento  
Vibrando la campana nos llama á la oracion;  
Ya hay rayos en la sombra, sonidos en el viento,  
En los rumores vagos hay muda adoracion.

Suspiros en la brisa, perfumes en las flores,  
Murmulllos en las aguas del fresco manantial,  
Reflejos en las nubes, en el azul colores,  
Susurros en el hondo silvestre matorral.

Y voz hay en el alma que tímida despierta  
Y corre presurosa del ara santa al pié,  
Para llevar sus dones, para cumplir su oferta,  
Para encender de nuevo su amortiguada fé.

Y acordes en mi lira para cantar tu gloria  
¡Oh Virgen Soberana! ¡Joyer de castidad!  
Tú que piadosa escuchas mi férvida plegaria,  
Mezclada á la del dia serena claridad.

Y tú que respiraste las auras placenteras  
De la floresta hermosa que ciñe al Aragon,  
Y ser quisiste de estas espléndidas riberas  
Escudo y ornamento, magnífico blason.

Por eso vengo en alas de mi creencia santa  
De nuevo demandando tu gracia y tu favor,  
Por ese que á tu trono su espíritu levanta  
En nuestro estéril mundo perpétuo luchador.

Por el pastor augusto de nuestra iglesia guía,  
En cuya noble frente que consagró la edad,  
Fulgura la aureola que un mártir llevaría,  
Y brilla la diadema de ascética piedad.

Vedle arrostrar las iras del enemigo bando,  
Profeta perseguido que viene á traer la luz;  
Vedle en la nueva Roma sereno tremolando  
Del mártir del Calvario la salvadora cruz.

Sí, gracia Madre pial por el proscrito errante  
Que en extranjeros lares suspira nuestro hogar,  
Y aunque alejado y triste, bendice el sol brillante  
Del dulce suelo pátrio que no puede besar.

Por la turbada Vírgen, paloma solitaria,  
Que vé desde el recinto donde se eleva á Dios,  
El insensato culto de plebe tumultuaria,  
Que corre, como á orgía, de vil ídolo en pos.

Por el cristiano apóstol intrépido creyente,  
Que cruza inmensos mares sin gozo ni solaz,  
Y lleva á las regiones de América y de Oriente  
La fé de Jesucristo, la luz de eterna paz.

Por la heroína oscura, de caridad portento,  
Que vuela á los combates y al lecho del dolor,  
Para calmar la fiebre voraz del sufrimiento  
Para cerrar la herida que abrió el puñal traidor.

Por la alta inteligencia, de la ambicion esclava,  
Que entre tinieblas anda, tu amor al despreciar,  
Y vuelve contra el cielo su poderosa clava  
Cuando en su pecho siente la flecha del pesar.

Por ese pueblo ingrato, juguete de cobardes,  
Que olvida de María la antigua proteccion;  
Y arranca torpemente con cínicos alardes  
La fé que alimentára su ingenuo corazon.

¡Oh reina de los ángeles, que en el Pilar glorioso  
Há siglos resplandeces con celestial virtud,  
Acoge como madre mi ruego fervoroso,  
Y el cántico que exhala dulcísimo el laud.

Bajo las vastas bóvedas que son de tu santuario  
Magníficos doseles y austero pabellon,  
Mi espíritu intranquilo se eleva temerario,  
En alas misteriosas á tu inmortal region.

Y allí llegan los ecos de preces incesantes  
De místicas plegarias que perfumó el dolor;  
Escucha, madre mia, sus voces suplicantes;  
Somos los tristes hijos sedientos de tu amor.

Somos los desterrados: yo expreso en mis cantares,  
El grito de esos míseros que vienen á través  
De sendas escabrosas, de errores y pesares,  
Sus almas á ofrecerte, postrados á tus piés.

JOSÉ M.<sup>a</sup> MATHEU.

## DOS DIAS CÉLEBRES.

---

A esa Virgen debe España  
Entre mil dias de gloria,  
Dos dias cuya memoria  
No se borrarà jamás.  
Engarzar logró en él uno  
En su diadema Granada,  
Vió en el otro dilatada  
Su grandeza à un mundo mas.

Granada, ya el nombre solo  
Basta para que al momento  
Se agolpen al pensamiento  
Recuerdos de historias mil,  
Que refieren de sus hijos  
El valor y galanteos,  
Las regatas, los torneos  
y su apostura gentil.

Los palacios cincelados  
Con riquísimas molduras;  
Los mosaicos, las pinturas  
De vivísimo color,  
Los calados ajimeces  
Imitando filigranas,  
Las columnas, las ventanas  
De la mas rica labor.

Las cortinas de damasco  
Desprendidas de los techos  
Y los recamados lechos  
Del poderoso Muslim,  
La luz suave que ilumina  
El conjunto de la estancia  
Donde esparcen su fragancia  
Frescas flores del jardín.

Y tambien ¡ay! los suspiros  
Que al través de esta riqueza  
Exhalaba la belleza  
Prisionera en el haren,  
Que cautiva se veía  
Por delito de ser bella  
Hasta á veces la doncella  
Que de Cristo Esposa fué.

Mas bien pronto iba á esta afrenta  
Que de España era sonrojo  
A poner fin el arrojó  
De su pueblo siempre fiel,  
Que una reina está á su frente  
Cuyo pecho de señora  
Mil virtudes atesora  
Bajo el nombre de Isabel.

El peligro no le arredra  
Ni el combate le intimida,  
Por su pátria hasta su vida  
No dudára un punto dar.  
Y así, luego que su esposo  
Con sus huestes en campaña  
Se propone de la España  
A los moros arrojar.

La gran reina es la primera  
Que marchando al campamento,  
Donde quiera infunde aliento  
Con su heróico valor.  
Y al saber tan fausta nueva  
No hay un solo caballero  
Que no quiera con su acero  
Compartir tan grande honor.

Y bien pronto ve Granada  
Estenderse por la vega  
Que del Darro el cauce riega  
Al ejército español.  
Que tras cien y cien combates  
En que muestra su pujanza  
Sobre el muro al fin alcanza  
Desplégada ver el sol.

La bandera que á los triunfos  
Tantas veces guiado habia  
A las huestes que en el día  
De esta hazaña singular,  
Recordaban que su Madre  
En el mismo habia dejado  
Como obsequio señalado  
Esa efigie, ese Pilar.

Y este triunfo tan insigne  
Gérmén solo de otros era  
Que bien pronto esa bandera  
Iba un mundo á conquistar,  
Pues Colón ya se prepara  
En tres naves españolas  
A surcar las recias olas  
Del embravecido mar.

Y en el día en que celebra  
Del Pilar la fiesta España  
Abordando á tierra estraña  
Ese mundo al fin brilló.  
Mas un mundo en todo nuevo  
Cuyas plácidas riberas  
Coronadas de palmeras  
Nunca el hombre imaginó.

Donde el sol vierte sus rayos  
En la tarde y la mañana,  
Matizado de oro y grana  
Sobre el trasparente tul.  
De mil nubes vaporosas  
Que en fantásticas figuras  
Van cruzando las alturas  
Sobre un cielo siempre azul.

Donde arroyos cristalinos  
Serpentean por la falda  
De los montes de esmeralda  
Con su plácido rumor  
Donde el ave en dulces trinos  
Se columpia entre las flores  
Resaltando sus colores  
Cual si fuera ella otra flor.

Donde el aura dulcemente  
De la mar las ondas riza  
En que luego se desliza  
La canoa mas velóz,  
Donde á veces entre sombras  
Que el fulgor solo ilumina  
Se oye el trueno que domina  
Con sonora y ronca voz.

Donde en fin todo aparece  
Rodeado de grandeza  
Y es preciso esa belleza  
Cual allí la he visto yo,  
Admirarla para luego  
Comprender que á este destino  
Solo puede el *fiat* divino  
Elevarla y la elevó.

Y dispuesto el Ser supremo  
Fuese España la primera  
Que allí izase su bandera  
Y la Cruz del Salvador,  
Empezando así los triunfos  
Que admiró el mundo asombrado  
En el dia consagrado  
A ese objeto de su amor.

Y si hoy ya de esa grandeza  
Solo queda la memoria  
Nada importa que su gloria  
Ni acabó ni ha de acabar  
Mientras brille en sus altares  
La fé augusta ¡de que goza  
Y en la invicta Zaragoza  
De Maria ese Pilar.

GERARDO MULLÉ.

---

## ZARAGOZA Y LA VIRGEN DEL PILAR

---

¿Dónde buscar inspiracion gigante  
Que dar pueda á mi voz bastante altura?

¿Dónde hallará mi espíritu anhelante  
Luz que le guie en su anhelar segura?

¿Dónde frases hallar mi poesía  
Para cantar las glorias de María?

¿Quién miró su sonrisa placentera  
O contempló sus gracias celestiales

Ricas en dulce amor, que no sintiera  
De sacra inspiracion vivos raudales?

¡Oh madre del Pilar! No hay una lira  
Mal inspirada cuando en tí se inspira.

Reina del universo soberana  
Mas pura que la esencia de las flores,

Y entre todas ninguna tan galana  
En el bello jardin de los amores;

Tu perfume él me dá, Virgen María,  
Sea tu gracia de mi voz la guia.

Sienta yo el fuego de tu amor fecundo  
Dentro del pecho, y en mi mente inquieta

Arder un rayo del saber profundo  
Que ni á tiempo ni á espacio se sujeta;

Pues el vate católico romano  
Se goza en los favores de tu mano.

Tú que en el mundo tienes por doquiera  
Tronos de gloria do á tus piés rendidos

Acuden en tropel con fé sincera  
Tus hijos á implorar enardecidos

Tu amparo y de tu gracia los favores,

Un trono aquí pusiste entre las flores.

Y queriendo tenerle en este suelo  
En medio de los plácidos vergeles  
Aquí al posar, los ángeles del cielo  
Ordenas que con mágicos cinceles  
Esculpan la beldad y la hermosura  
De esa tu imágen milagrosa y pura.

Feliz una y mil veces Zaragoza  
Que posee la joya mas preciada  
Que el orbe admira y el cristiano goza,  
Prenda de las naciones codiciada;  
Aquí el tesoro del amor ofrece,  
Aquí inexhausta su piedad florece.

Ella protege con piadosa mano  
A la grey que la aclama por patrona;  
Y el pueblo varonil zaragozano  
El pueblo de María ser blasona;  
Ella en la guerra fué la capitana;  
Ella es en nuestro hogar la soberana.

¿Qué pueblo no es feliz, ¡oh madre mia!  
Cuando tú le proteges de tal suerte?  
¿Quién en tí no halla su sosten y guia  
Y su amparo seguro hasta la muerte?  
Por eso á tí y á Zaragoza canto  
Que se acoge con fé bajo tu manto.

Cuando el infame cuanto audaz guerrero  
A Europa ciego avasallar queria  
Con erguida cerviz y rostro fiero,  
Nuestros muros tu manto protegía;  
Por tí el grande poder se vió humillado,  
Por tí se vió el humilde levantado.

¿Y cómo no vencer, si á nuestra frente  
Ibas tú, de los cielos soberana  
A quien el mismo brazo omnipotente  
Con su escudo reviste y engalana?

Grande fué Zaragoza, porque es tuya;  
Grande será, porque tu gloria es suya.

Hoy en tu templo grande y magestuoso  
Pedimos proteccion, benigna Madre,  
Por el anciano triste y virtuoso  
De la cristiana grey maestro y padre;  
Cese el furor con que el impio bando  
Sus dias de amargura está colmando.

Volved el rostro amante, bendecido  
A estos siervos de Dios, sabios pastores,  
Episcopado ilustre, hoy reunido  
Al pié de tu Pilar, do tus loores  
Celebraron ejemplo tan piadoso  
Y tu imágen adora respetuoso.

Y al que en la casa habita donde moras  
Y tus glorias procura noche y dia  
Bendícele tambien, que á todas horas  
Te invoca con fervor, Virgen María;  
Bendícele porque es nuestro Prelado  
Padre el mas tierno de tu pueblo amado.

Y aquesta juventud zaragozana  
Que hoy te saluda con cariño ardiente  
Protege en su camino, porque ufana  
Te aclama por su madre mas elemente;  
Y sean sus loores de tu agrado  
Reina amorosa del Pilar sagrado.

Tu gloria todos con afan buscamos,  
Vivir contigo Zaragoza quiere;  
Y pues con fé tan santa te alabamos  
Haz que siempre tu pueblo te venere,  
Y bendiga tu mano soberana  
A esta noble ciudad zaragozana.

FABIAN MONTON.

ECOS DEL ALMA

---

A MARIA SANTÍSIMA DEL PILAR

---

No sé que tienes, Madre querida,  
No sé que tienes en tu semblante,  
Que, ciega el alma, corre anhelante  
Tras la dulzura de su candor.  
No sé que tiene de irresistible  
La luz que arrojan tus ojos bellos,  
Si fijo un punto la vista en ellos  
Muero de amor.

Fanal inmenso de eterna lumbre  
Yo he visto al astro por la mañana  
Entre cambiantes de azul y grana  
Mostrar al mundo su hermosa faz;  
Mas nunca, oh Virgen, como á tu lado  
Bajo el influjo de tu mirada  
El alma mía vióse inundada  
De dulce paz.

A las orillas del Ebro undoso,  
Que cariñosa tu planta pisa,  
Yo he respirado la suave brisa  
Que da mil formas á su cristal;  
En su carrera por los jardines  
La esencia arrastra de flores ciento;  
Pero ¡ah! no presta como tu aliento  
Vida inmortal.

¿Qué tiene el trino de los jilgueros?  
¿Qué tiene el canto de Filomena  
Cuando amorosa la selva llena  
Con la dulzura de su canción?  
Tu voz, Señora, mas peregrina  
Que de su lengua los mil primores,  
Calma las penas y los dolores  
Del corazón.

Madre te aclaman de la esperanza:  
A tí dirigen sus oraciones  
Cuantos naufragan de las pasiones  
En el inmenso revuelto mar;  
Tu manto pliegas sobre el cuitado  
Que sin consuelo sus penas llora,  
Y paz derramas, dulce Señora,  
Con tu mirar.

Sagrada lumbre del alma mía,  
Abrí los ojos por vez primera  
Y toda hermosa, pura, hechicera,  
Sobre mi cuna tu imagen ví.  
Sintió mi pecho todo el encanto  
Que tu cariño sagrado inspira,  
Y desde entonces solo suspira,  
Madre, por tí.

Ay! ¡Cuántas veces, sobre el materno  
Dulce regazo que me adormía,  
He saboreado la melodía  
De tu divino nombre sin parl  
Con él mi madre me consolaba  
Y, enamorada de tanta gloria,  
Era su encanto decir la historia  
De tu Pilar.

Y supe entonces, Reina adorada,  
Que entre las tierras que cubre el cielo  
Tú has elegido mi pátrio suelo  
Divino centro de tu poder;  
Que en él fijaste tu planta bella  
Y en él tu trono de amor pusiste  
Y tus delicias con él quisiste  
Siempre tener.

Y supe entonces que en torno tuyo,  
Como al rocío brotan las flores,  
Precioso fruto de tus amores  
Un pueblo grande se levantó,  
Llevando alzada de siglo en siglo  
La noble enseña de tu grandeza,  
A cuyo amparo, gloria y riqueza  
Nunca faltó.

Que Tú le distes el firme arrojo  
De su indomable valor guerrero,  
Y su carácter altivo y fiero  
Y su arraigada profunda fé:  
Que Tú encendiste con tu mirada  
La llama ardiente de su entusiasmo,  
Y rico en gracias, asombro y pasmo  
Del orbe fué.

Que son, ¡oh Virgen! tuyas sus prendas  
Y tuyo el brillo de su corona,  
Tuyo el soberbio timbre que abona  
La escelsa cuna donde nació,  
Que en tí ha bebido con ánsia loca  
De tu cariño los altos dones,  
Cuya dulzura sus corazones  
Arrebató.

Que Tú grabaste nobles deseos  
Sobre el sagrado de su conciencia,  
Que el alma fuiste de su existencia,  
Su amor, su centro, su corazón,  
Y que por eso, Madre y Señora,  
De luz y vida raudal fecundo,  
No hay otro pueblo grande en el mundo  
Como Aragon.

Ah! Deja, deja que yo te adore;  
Deja, Señora, que á Tí abrazado  
Desfogue el pecho desconcertado  
Por tanta prueba de caridad;  
Deja que puestos en Tí mis ojos  
Y ageno al mundo, por Tí suspire,  
Y las grandezas pasmado admire  
De tu bondad.

Has cautivado mi amor, Señora,  
De tus encantos la luz divina,  
Mi vida entera, mi sér fascina,  
Y de tus gracias lo lleva en pós.  
Tener tu imágen en mis hogares,  
Forma la gloria del alma mia,  
Porque eres sola, Virgen María,  
Después de Dios.

No me deseches de tu regazo:  
Si ves que ciego tu amor rehuyo  
Y busco en vano fuera del tuyo  
Otros amores que disfrutar,  
Sostenme, Madre, con tus caricias,  
De tu columna santa al abrigo,  
Y muestra siempre que eres conmigo  
Buena sin par.

Y no me importa que el viento ruja  
Y airadas bramen las tempestades,  
Que en sus ocultas profundidades  
Su furia encone turbado el mar,  
Que nada temo, Virgen sagrada,  
Del mar, del trueno, del viento airado,  
Viviendo siempre, siempre abrazado  
Con tu Pilar.

FLORENCIO JARDIEL.

DISCURSO DEL SEÑOR ACADÉMICO  
**DON PASCUAL COMIN**

---

Luego, dijo el discurso de gracias el académico D. Pascual Comin, hijo del notable jurisperito á quien España católica ya conoce por sus obras literarias y sus paisanos por sus virtudes, lo cual es bastante motivo para que le suceda lo que al Sr. Aybar ya citado. Fué modesto, breve, sencillo y tierno; pero, mas aun, se distinguió por el entusiasmo sin atolondramiento con que trató de la causa del catolicismo, cuyo pendon, una vez levantado, tiene que alejar el miedo de los corazones, sobre todo jóvenes.

De su mérito, juzguen por sí mismos los lectores.

EXCMOS. É ILMOS. SEÑORES:

Encargado por mis queridos compañeros de dirigiros el discurso de gracias, no es fácil que yo responda cumplidamente á ese honroso encargo, porque si á cualquiera de los

individuos de esta Academia fuera difícil pagaros el tributo de nuestra gratitud, por ser tanta la que mereceis y á la que nos habeis obligado, todavía ha de ser mas difícil para mí el último de todos.

Anímame, empero, y me estimula y halaga, por una parte la consideracion de vuestra benevolencia, y por otra la honra altísima de interpretar en estos instantes solemnes los sentimientos que embargan el corazon de la juventud de Zaragoza agrupada en torno de la inconvencible columna donde se ostenta su excelsa Patrona. Sobre que cuando se tremola y levanta el lábaro santo del catolicismo no debe haber temor ni miedo en corazon alguno, y menos en corazon jóvenes y aragoneses á mayor abundamiento.—  
(Aplausos).

Cierto, señores, que el actual estado de la sociedad no es sino para causar amarguísima tristeza á los hombres verdaderamente católicos, porque si atentamente se repara en los negros nubarrones que cubren su horizonte, parece como que un nuevo diluvio, el diluvio del error, va á sumergir al mundo de las inteligencias en el mar cenagoso de una corrupcion incurable, en el abismo sin fondo de una perpétua incertidumbre. Así el hombre, desoyendo las suavísimas voces con que el Dios de las Misericordias le llama, corre por rápidos y espantosos caminos á sepultarse en el piélago de la contradiccion y la mentira.

Merced á la culpable apatía de muchos de los que mandan y no pocos de los que obedecen, háse apoderado del siglo XIX ese espíritu revolucionario y anti-católico que, nacido con el protestantismo y vivificado al calor de las utopías filosóficas del último siglo, pretende minar los cimientos de la religion y de la sociedad. Ese espíritu anti-religioso, que autorizando la tiranía de arriba y proclamando á la vez la libertad para la rebelion y el mal, niega el deber de la obediencia en los de abajo; es el que precipita á los pueblos en el espantoso abismo de continuas rebeliones; el

que negando la propiedad ha hecho surgir de su seno las escuelas socialistas; el que negando el bien en el órden moral ha lanzado al hombre al desórden de las pasiones, á la satisfaccion de sus mas livianos y vergonzosos apetitos. La voz tristemente atractiva y halagüeña de la sirena revolucionaria ha sido, en fin, la que, seduciendo con cantos de engañosas promesas á los gobiernos europeos, ha hecho que contempláran con indiferencia criminal cómo se arrancaba de la sagrada frente del Pontífice augusto é infalible la corona de su legítima realeza y se colocaba en su lugar la corona de espinas del martirio. (*Aplausos*).

Al punto que ha llegado la sociedad en este camino, no hay mas remedio que el urgentísimo de una reaccion religiosa, la vuelta inmediata, decidida, irrevocable á las vías católicas, de las que en mal hora y por perniciosos consejos se ha apartado.

El Catolicismo abarca la civilizacion en todo su maravilloso conjunto: en la parte especulativa y en la parte práctica; en la ciencia y en la moral. Solo él puede con su clara luz iluminar la oscuridad de la filosofía cuando pretende dar solucion satisfactoria á los misteriosos problemas de la ciencia. Solo en sus límpidas fuentes pueden purificarse las costumbres y en sus claras y saludables aguas apagarse el fuego de las pasiones de los hombres y de las concupiscencias de los pueblos. Solo el catolicismo encierra en su seno amor purísimo, abnegacion perfecta y caridad prodigiosa; el amor católico junta en dichosísima lazada los individuos que componen las familias; con la abnegacion y el patriotismo, inspirado por el Catolicismo, las naciones toman fuerza y hacen maravillosos prodigios; y la unidad de la fé estrecha el lazo de la caridad y arraiga la esperanza comun de los hijos de Jesucristo. Por ella las clases se acercan sin confundirse, los pueblos y los imperios se unen; y para que nada falte, señores, es el único verdadero defensor de la libertad de los pueblos condenando explícitamente la tiranía

de los reyes, y el único verdadero defensor de la autoridad de los reyes, anatematizando las rebeliones insensatas de los pueblos. Autoridad y libertad, ciencia y costumbres, fraternidad y amor, he ahí la civilización; he ahí la obra del Catolicismo entre los hombres.

El Catolicismo es la única religión divina, la única que tiene como seguro fundamento al Dios uno en la esencia y trino en las personas, al Dios espiritual, infinito, incondicional y libre; en el que todas las cosas tienen la causa y todas las causas su origen. Esto sirve para explicar, como dice muy acertadamente el ilustre marqués de Valdegamas, cómo al compás mismo que se disminuye la fé se disminuyen las verdades en el mundo y las inteligencias sufren grandísimos extravíos; y por qué causa la sociedad que vuelve la espalda á Dios, vé ennegrecerse de súbito con aterradora oscuridad todos sus horizontes.»

Por eso, señores, la historia de esos colosales imperios y de esas aristocráticas repúblicas que caen del otro lado de la Cruz; y que fueron desapareciendo unos en pos de otros hasta confundirse bajo la dominación romana, es la historia de gigantescas empresas; pero no es la historia de la verdadera civilización. Por eso también los pueblos que cayendo de este lado de la Cruz, han abandonado la fé y se han echado en brazos de la revolución, caen bajo el imperio de las ficciones, surgen en su seno las banderías políticas y las luchas civiles vienen como una consecuencia natural é ineludible.

Fomentar y propagar el catolicismo en nuestra querida España es no solo de grandísimo interés, sino de necesidad absoluta para las eventualidades futuras, porque el Catolicismo es el vínculo que puede aunar los corazones españoles hoy por desdicha harto divididos y enconados. Dad, señores, unidad á esta nación en otros tiempos potentísima y España volverá á ser lo que fué en su glorioso pasado, y surgirán nuevos héroes que reverdezcan con su

sangre el ya mustio laurel de la corona de nuestros triunfos.

La juventud española, comprendiendo estas verdades, se ha reunido en Academias para llevar precisamente á cabo esa obra de propagacion y caridad. Y la de Zaragoza, al tener hoy la honra de presentarse ante vosotros para dar una prueba del acendrado amor que profesa á su Santa é Inmortal Patrona, ha de protestar ante todo, en este solemne momento, de su adhesión profunda al guardador del dogma, al promulgador de la fé, al Pontífice santo, augusto é infalible, al anciano prisionero del Vaticano cuyos dolores y amarguras contristan su corazon católico y español.

Yo he de enviar ahora, señores, en nombre de esta misma juventud el testimonio de nuestro agradecimiento y veneracion al sabio y virtuoso Prelado de esta diócesi cuya sabiduría y amor hácia nosotros es nuestro mas seguro apoyo y el mas estimado premio de los humildes trabajos de esta Academia; á la dignísima representacion del Episcopado español, que nos honra con su presencia, de ese Episcopado que ha dejado oír su voz elocuente en el santo Concilio del Vaticano, como prueba incontrastable de no haberse estinguido por buena dicha la raza de aquellos varones sapientísimos que ilustraron con su palabra é inmortalizaron con su ciencia el concilio de Trento; de ese Episcopado que, unido y compacto, defiende con energía y valor los derechos y la independenciam de la Iglesia contra el impetuoso torbellino revolucionario y los hipócritas alardes de un falso catolicismo. (*Muestras de aprobacion*).

La Juventud Católica envia tambien la espresion de su gratitud á ese sexo, que el paganismo envileció considerándole como una simple *cosa* á la manera de esclavo, y la Iglesia respeta y enaltece apellidándole *devoto*.

Señores, la mujer desde que se proclamó su santificacion desde las alturas evangélicas, ha vuelto á ser la flor purísima que perfumó con las suaves fragancias de la inocencia las espléndidas moradas del Eden, en mal hora perdido

por su pecado y en hora dichosa recobrado por el Hijo de una mujer inmaculada. Sublime mujer por cierto, esta que sirve de mediadora entre Dios que la llama hija y el hombre que la llama madre.

Sublime mujer la Madre de Jesús, en cuyas virtudes se inspira el pudor de la doncella, el recogimiento de la esposa y la honestidad de la viuda.

Sublime y ejemplar modelo del amor y ternura de la madre, de que Ella es tipo inmortal, y de la modestia y sumision de la hija, de que Ella es original perfecto y acabado. (*Aplausos*).

A todos, en fin, los que habeis concurrido al esplendor de este acto, os agradece la academia vuestro concurso generoso, y de todos espera que habeis de prestarle la ayuda que su debilidad necesita.

Y vosotros, mis queridos compañeros, permitid que el menor de todos los académicos os encarezca y estimule á continuar con valor y perseverancia la tarea que con entusiasmo habeis emprendido, teniendo confianza en Dios que bendecirá como hasta aquí los trabajos de nuestra humilde inteligencia, y no olvidando jamás que, sobre ser católicos, vivimos en una ciudad santificada por las plantas de María, nuestra madre amantísima y amada, ante la cual renovamos la protesta de nuestra fé católica, de nuestra esperanza en su Hijo Santísimo y de nuestro amor y veneracion á la Iglesia, bajo cuya bandera militamos, y que ahora por dicha y honra nuestra se halla aquí representada por esta porcion ilustre y escogida del Episcopado español.—HE DICHO.

RESÚMEN DEL DISCURSO  
DE  
DON ANTONIO MARIA GODRÓ

Presidente de la Juventud Católica de Madrid

---

Del Sr. Académico Godró, tan calurosamente aplaudido por el auditorio, antes ya de comenzar su discurso, ¿qué podremos decir? Hable toda persona ilustrada, cuenten sus impresiones los mismos adversarios, y digan si no es cierto que al mirarle, alta la frente, los brazos levantados y el cuerpo ligeramente inclinado, despedir centellas de sus ojos y de sus labios raudales de poesía, de amor y de esperanza, se hallaban como aprisionados en la red y suspendidos del imán de su elocuencia. Nadie nos tache de exageración. Sabemos lo que decimos y aun no decimos todo lo que sabemos. Lisonjeras frases, pronunciadas en obsequio de este jóven de veintitres años, á quien es justo considerar como una esperanza para la pátria, guardamos recogidas en el fondo de nuestro pecho, para no turbar con su enunciación la tranquilidad de su ánimo siempre humilde.

Pero es fuerza dar hoy á conocer su discurso acerca de las grandezas y beneficios del catolicismo, y sencillamente vamos á confesar que no podemos. ¿Será por hallarle falto de ideas y de principios á cuyo nervio atenernos para comprenderlo? Dios nos libre de incurrir en tan equivocado juicio. ¿Tal vez por faltarle cohesión, enlace y dependencia de las partes? Nada de eso. Y con todo ya previno al auditorio, por si acaso, que no trataba de pronunciar un discurso, pues no los tiene el corazón. ¿Será, en fin, porque, á la manera de nuestro ilustre Balmes, podamos repre-

derle como á Donoso Cortés, el sacrificio de las ideas por las imágenes? Tampoco.

Lo que hay es que su discurso, tan bellamente vestido y exornado, se parece á la epopeya cuyos cantos son los distintos órdenes de pruebas que supo reducir á un conjunto armónico y acabado. ¡Con qué animacion y elegancia describía las ceremonias practicadas por la Iglesia en estos dias, la melodía de los cánticos, la significacion de las columnas, de las cúpulas y de las decoraciones! ¡Qué fé tan ardiente dejaba traslucir al invocar las sombras de los Braulios y los Valerios, de los Lorenzos y los Vicentes y las Encracias, al exhortar á sus oyentes á que fueran á buscar al pié del Pilar la unidad de los sentimientos y la fuerza de las convicciones! ¡Qué amable presentó al catolicismo cuando afirmó de él que, á semejanza del sándalo, el hacha misma que le hiere impregna de sus perfumes!

Los Prelados que lo escuchaban, se lo estaban mirando asombrados al oírle hablar de Dios manifestado en los Libros Santos; al escuchar las citas de los SS. Padres y entre ellos S. Bernardo «que lloraba de solo pronunciar el nombre de María»; al observar cómo describía las victorias que la *Ciudad de Dios*, siempre pura y hermosa, consiguió reportar contra los maniqueos y pelagianos, los hijos de Arrio y los sectarios de Montano, contra el tiempo que todo lo desgasta y contra la indiferencia que todo lo consume. ¡Qué bella presentó la vida de los anacoretas; de aquellos que obligaron á las fieras á dejar sus guaridas ó á ponerse mansamente á su servicio! ¡Qué certeros los tiros que dirigió al racionalismo convenciéndole de no ser razonable ni obsequioso, como exige S. Pablo que sea nuestro asentimiento! ¡Qué merecidas las reprensiones contra los mercaderes de la palabra y contra los que imaginan descubrir allende los mares del pensamiento nuevas Californias; contra los que hablan al pueblo de derechos sobre este suelo, del pan de que carecen, del trabajo material que les falta;

pero se olvidan de su entendimiento, de su corazón, de la otra vida; contra los ignorantes buscadores del origen de la mística: contra los que para engrandecernos y elevarnos tienen que ponernos al nivel de los irracionales para decir con Krausse, que no somos otra cosa que meros accidentes de la vida universal; ó bien con Lutero, que después del primer pecado, ya no tenemos libertad y estamos acaso predestinados al infierno....!

Los jóvenes que se dejan imbuir de semejantes doctrinas, no son la juventud; los que roban reputaciones, no son la juventud; los que ajan el honor, los charlatanes, los pigmeos que se ponen á mirar al Cabeza de la Iglesia, no son la juventud. Como no se les comunica la sávia del catolicismo, tienen que perecer.

No así vosotros, dijo refiriéndose á los Sres. Académicos, que vivireis la vida de la verdad á condicion de conservar la fé, de abrir vuestro pecho á la esperanza y encenderos en el santo fuego de la caridad.

Lo mas estimable de su precioso discurso fué el final, cuando postrado de hinojos ante nuestro venerable Arzobispo, le pidió perdon por haber hablado.

#### RESÚMEN DEL DISCURSO

### DEL SEÑOR OBISPO DE LA HABANA

---

La gran facilidad que tiene para espresarse el Excelentísimo señor Obispo de la Habana, nacida indudablemente de su vastísima erudicion y penetracion profunda, le hace hallarse dispuesto siempre para todo género de improvisaciones. Y así, con general aplauso de los concurrentes, usó de la palabra continuadamente después del Sr. Godró, tanto

para robustecer con su autoridad de maestro de la fé varias ideas de las emitidas, como tambien para enseñar otras nuevas y condenar los errores opuestos.

Interesante fué la comparacion establecida entre los *ilustrados* de hoy que pretenden ser nada menos que los gigantes de la inteligencia y aquellos otros gigantes que, segun refiere Ovidio, al escalar el Olimpo, fueron arrojados por Júpiter, ó como dice con verdad la Biblia, por haber levantado la bandera del *non serviam*, fueron sepultados en el Averno. Es decir, que confirmó ser impotente por sí sola nuestra razon, para dirigir á los hombres por las sendas del verdadero progreso; la cual, por muchas leyes que inspire á los legisladores, no ha de curar la enfermedad social, como les sucedió á los romanos privados de la revelacion, que no consideraron á la familia, ni respetaron la propiedad; antes bien, propagaron la esclavitud con circunstancias tales de crueldad, que cierto senador, en una ocasion, mandó matar un esclavo para que pudiera presenciar las contorsiones del moribundo, su curioso convidado. Todo lo cual nacia de no respetar á un Dios vengador de las injusticias, como lo respeta y glorifica el cristianismo. Por eso aquellos desaparecieron y solo quedan sus leyes corregidas por este, destinado á prevalecer. Por eso desaparecieron los bárbaros invasores, los árabes, los herejes, y de los mismos principios de Lutero, de Calvino y de Jansenio nada queda sino es la última etapa, ó sea el ateismo, y si quiere, más que ateismo, que es, como dice Bofrerio, el racionalismo que quiere ahogar la fé, la esperanza y la caridad, divorciar la sociedad de Dios, destruir la autoridad y dar culto á la razon, mientras tanto que maldice á Dios diciéndole: «apártate de mí.»

Luego, viniendo á juzgar á nuestro siglo, despues de enumerar los ampulosos distintos nombres que le dan sus encomiadores, que unos le llaman siglo de la libertad; otros, del progreso; de la razon; y á puro de bautizarlo con

tantos nombres le han dejado sin ninguno, quiso darle uno que lo caracterizase y dijo: ¿sabeis cuál es? El siglo de la bancarrota. De la espiritual, bien entendido; sin embargo de que tambien á nuestro siglo se puede aplicar aquello de que: en toda casa donde se tiene cuenta y no renta..... ya puede colegirse cuáles han de ser los resultados..... y no sería extraño que viéramos llegar el dia de sacarse una nacion á ser vendida en el mercado..... puesto que hay nada menos que ocho millones de soldados en esta pacífica civilizada tierra, que para sujetar á la mitad del género humano le cobran veinte ó treinta millones de duros: y aun con todo, no pueden conservar la paz, siendo casi necesario para guardar un hombre dos soldados, cuando en los primitivos tiempos de la Iglesia bastaba un monge para regir y gobernar mil súbditos en un desierto.

Combatió á los sectarios del cochero Rousseau y del crecido aristócrata que tenia por bien de ser llamado así: *de* Voltaire, y se lamentó de que se creyesen ricos, como la antigua Roma, por haber abrazado todas las supersticiones. Presentó al catolicismo como glorioso vencedor de los tres mayores enemigos que ha tenido, á saber: el arrianismo, el mahometismo y el luteranismo; y declaró que solamente volviendo como hijos pródigos á la casa del Vicario de Cristo nuestro padre, podrán hallar la paz del corazon. Y como los miembros de la Juventud Católica son hijos muy amantes de Pio IX y de la Iglesia, despues de exhortarles á rechazar toda doctrina que no haya sido evangelizada por Jesucristo y su Representante en la tierra, viéndolos dispuestos á continuar por este camino, bendijo sus esfuerzos y los alentó llamando bienaventuradas á las madres cuyos hijos pueden pasearse por el jardin de la Iglesia quedando impregnados del perfume de sus flores y en especial de aquellos exhalados por esa bella rosa que se llama la *Virgen del Pilar*. Fué saludado al concluir Su Excelencia con entusiastas aplausos y otras muestras de adhesion.

No pondremos fin á esta reseña de la primera de las dos sesiones celebradas en estas fiestas, sin hacer constar que la orquesta fué brillante y el entusiasmo por la Virgen, por Pio IX y por el Episcopado estalló al terminarse la sesion, en vivas calurosos. Nuestro Arzobispo la dió por terminada no sin anunciar que el Papa habia concedido, á peticion de los Prelados aquí reunidos, la bendicion para Zaragoza y para toda España.

NOTA. Estuvieron representadas en esta primera sesion: la Juventud Católica de Pamplona por su amable presidente nuestro amigo D. Rafael Itúrbide; la de Lugo por el estudioso jóven D. Pastor Diz, Académico de la de Zaragoza, competentemente autorizado; las de Lérida, Guadalajara y la Central, por su presidente Sr. Godró.

---

---

SEGUNDA SESION SOLEMNE  
DE LA  
JUVENTUD CATÓLICA DE ZARAGOZA  
EN EL DIA 18 DE OCTUBRE

---

LA circunstancia de no haber podido asistir á causa de sus graves ocupaciones, á la sesion anterior el Eminentísimo Sr. Cardenal de Valladolid, el Excmo. Sr. Arzobispo de Valencia y algun otro Prelado; el ardiente deseo del público de oir otra vez al jóven de veintitres años, Sr. Godró, y de hacer otra manifestacion de religioso entusiasmo, fueron las causas principales de celebrarse, casi de improviso, esta segunda sesion, de menor aparato externo, pero tal vez, de mas agitacion y de no inferior asistencia, la cual fué tanta, que sin embargo de ser tan capaces el Salon de Ordenes del Palacio Arzobispal donde tuvo lugar, y los salones contiguos, muchos se quedaron sin poder entrar.

Fué presidida por el mencionado Sr. Cardenal, que al final de ella pronunció un elegante discurso para manifestar

la satisfaccion de su ánimo en aquellos momentos y para dar á los jóvenes Académicos muy útiles consejos. Usaron de la palabra los Sres. Académicos D. Mariano Ripol, Don Florencio Jardiel, D. Mateo Pozas, D. Antonio María Godró y el autor de esta reseña.

El discurso del Sr. Godró fué bellissimo como el de la primera sesion; algo mas práctico y contundente contra el racionalismo político de los modernos gobernantes, cuyas trazas hábilmente dió á conocer, para desencanto de los que se dejan alucinar por sus pomposas y jamás cumplidas promesas.

Tambien recitó la poesía que lleva por título *A Roma*.

Las de los Sres. Jardiel y Pozas, que ya vieron la luz pública, la primera en la revista titulada *El Pilar de Zaragoza*, número 91, y la segunda no ha muchos dias, las reservamos para honrar con ellas nuestra *Crónica*, juntamente con la del Sr. Godró que ha sido publicada por nuestra Academia en justo testimonio de consideracion y gratitud hácia su autor.

EXTRACTO DEL DISCURSO DEL SEÑOR ACADÉMICO

DON MARIANO RIPOL

---

Abierta la sesion por el Vicepresidente Sr. Del Campo, tomó la palabra el Sr. Ripol, pronunciando un excelente discurso que no voy á juzgar, y en cuyas alabanzas tengo que ser muy parco para no exponerme á ser tachado de parcial con quien me ligan los fuertes lazos de la amistad y del compañerismo. Debo, sí, manifestar que fué con frecuencia interrumpido por los aplausos.

Su objeto fué hacer resaltar el espíritu de mansedumbre,

de caridad, de justicia y de suavidad de la Iglesia Católica y en particular de sus Pontífices.

Prepuso una ligera introduccion diciendo que los que venian á escuchar, lo hacian con el objeto de dar expansion á sus sentimientos cristianos, y que bajo este concepto saldrian satisfechos, porque iba á tratar de un asunto sumamente á propósito y con el cual estaban sumamente ligados.

Indicó despues, que era un absurdo el afirmar que el catolicismo sea enemigo de las clases pobres, puesto que por ellas principió sus conquistas; que los Papas no fueron enemigos del pueblo de quien muchos fueron hijos; en comprobacion de lo cual citó aquel bello rasgo de Urbano IV, de mandar pintar en su palacio de Troyes á su padre en actitud de hacer zapatos.

Dió á conocer el espíritu de la Iglesia representado en San Ambrosio al vender las alhajas de los templos para rescatar á los esclavos de la Iliria, muchos de ellos arrianos; el de San Agustin pidiendo favor por los *priscilianistas*, y el de San Juan Crisóstomo defendiendo á Eutropio espoliador de las Iglesias y enemigo de sus inmunidades.

Todavía citó mas hechos, y así dijo que el espíritu de la Iglesia hablaba por María de Médicis á Enriqueta de Francia para que tratase con cariño á los que hubiese en Inglaterra de distintos cultos: recordó el hecho del tiempo de Carlos IV en España cuando el clero dió todo por defender la religion y la pátria. Este es el espíritu de la Iglesia.

Dijo que al hablar de los Papas no iba á presentarlos todos como santos, porque sería faltar á la historia; que para la defensa que pensaba hacer, no perjudicaban las miserias de algunos de ellos cuyos hechos la Iglesia era la primera en condenar.

Y como los Papas de la Edad Media han sido los mas atacados, estos quiso principalmente defender: por lo cual fijó la consideracion en los Gregorios VII y IX y en Inocencio III: hizo resaltar su amor á los pueblos á quienes de-

fendieron; los hechos notables de Gregorio VII, la conducta de los Papas con Federico II, con los reyes de Aragon y Bohemia y con Raimundo de Tolosa y su hijo.

A todo esto agregó que muchos hechos históricos se han presentado adulterados: al hablar de la San Bartolomé, dijo que este hecho se habia de estudiar en las lágrimas de Gregorio XIII, en los consejos de S. Pío V á Catalina de Médicis y en otros documentos imparciales. Terminó el exámen de este hecho diciendo, que si en vez de Cárlos IX dirigido por los malditos consejos de su madre, hubiese gobernado la Francia S. Luis aconsejado de la piadosa Blanca de Castilla, á buen seguro que hubiera habido esta matanza.

Este cuadro lo perfeccionó con dos frases laudatorias de Pío IX, el único que ha protestado entre los reyes contra la opresion de Polonia.

Y porque nada faltase á su propósito, se ocupó de las persecuciones de Pío VI y VII, en especial del primero de estos; de su muerte rogando por la Francia lo mismo que Pío VII, el cual levantó por última vez sus brazos para bendecir el imperio de Luis XVIII. A cuyas observaciones añadió la de que para conocer el espíritu de los Papas, hay que estudiarlo en el porte que tuvieron con sus enemigos, en los hechos reconocidos por estos mismos hasta el punto de tributar honores á Pío VI los hijos de la Revolucion francesa.

Concluyó su discurso dejando sentado que el acusar á los Papas de falta de sentimientos de caridad, es adulterar completamente la historia. Cuyo final fué saludado con nutridísimos aplausos.

## COMPOSICION

DEL ACADÉMICO ESCRITOR DE ESTA MAL PERGEÑADA RESEÑA

Eminentísimo Señor:  
Exemos. é Ilmos. Señores:  
Señores:

Estoy enfermo. Poco voy á decir con que ocupar, siquiera unos instantes, vuestra atencion; y este poco, malo; sobre todo comparado con lo que habeis de oir á ese (señalando al Sr. Godró) á quien unos llaman por sus dotes oratorias *la flor de Madrid*; otros, *la perla de la juventud*; yo, ¡nuestro hermano! — He dicho mal: nuestro hermano mayor debo decir. — Pero he considerado que en todo cuadro, para que resalte su belleza, debe haber alguna sombra..... Pues bien, señores; yo voy á ser la sombra de este cuadro.

Voy á defender á nuestra ilustre doctora Santa Teresa de Jesús, ya no de las argucias del sofista, ni de las burlas del incrédulo, ni de las calumnias del protestante, sino de los elogios mismos entusiastas de la escritora liberal Carolina Coronado.

«Bajo tres aspectos, dice, hay que considerar á Teresa. »Como mujer, como monja y como poetisa. Todo lo que »tiene de mujer la eleva á la altura de las mártires santas. »Todo lo que tiene de la monja amengua su grandioso carácter. Todo lo que tiene de poetisa immortaliza su nombre.» Y está el negro daño, como diria cierto escritor católico, (1) en que la discreta Carolina considera á Santa Teresa como un génio medio desarrollado, atribuyendo el crimen de su falta de desarrolló ¿sabeis á quién? al catolicismo de quien es el *monjío* natural germinacion.

A contestar su aserto se dirige la quinta de las cartas que tengo escritas, pero sin publicar, acerca del monacato de Santa Teresa de Jesús.

---

(1) Al ilustre finado D. Antonio Aparisi hacia relacion.

*A la madre Pilar, Superiora del convento X.*

Muy señora y madre mia: No pensaba yo que mi pesadez hubiera de llegar á poner tan á prueba la paciencia inagotable de vuestra reverencia; y así, ya tenia dispuestos los materiales en la carta anterior para luego terminar este ruin edificio mio. Mas al observar que sus paredes tendrian poca solidez por ser de tierra mi suficiencia, he juzgado necesario de toda necesidad el ir interponiendo al construir las, un poco de argamasa de la Santa.

Y si á vuestra reverencia le parece ser demasiado baja la comparacion, diré que habiendo de tejer una guirnalda para que sirva de adorno al altar de Santa Teresa y no contando para esto sino es con algunas hojas de sombríos sauces, héme visto precisado á buscar en su cercano huerto algunas rosas.

¡Ojalá que la suavidad de los perfumes atrajera al buen camino á los enemigos del *monjio* y singularmente á sus enemigas, dado caso que existan otras además de Carolina!

Y pues de flores hablamos, no deben hallarse lejos los poetas. Yo sin serlo, ni pretenderlo, que jamás he acertado á componer un mediano verso, digo y sostengo contra la implacable poetisa liberal, que muy lejos de haber sido el *monjio* en Santa Teresa un obstáculo al desarrollo de su génio poético, fué por el contrario lo que le hizo despertar y engrandecerse. Pueda yo demostrarlo para bien de la verdad y provecho del catolicismo y de los frailes tan acervamente atacados por mi contrincante; que por lo demás, no es mi ánimo, ni á tanto llegan mis fuerzas, de seguirla por el florido camino de su erudita investigacion histórico-crítica: ni cumple á mi propósito combatir las opiniones que sustenta sobre si es ó no Teresa, no obstante su grandeza, un génio medio desarrollado, y si puede ó no compararse con Teresa la cristiana Safo la gentil.

Mas, ante todo, seamos imparciales. No vayamos á creer

de Coronado que á tal extremo llegue su preocupacion, hija de nuestros aciagos tiempos contra los votos monásticos, que los tenga sériamente por un dogal de la poesía, ni á las celdas por tan enrarecidas que absolutamente no pueda funcionar en ellas esta máquina neumática. ¿Que no? Pues lea con reflexion y medite y escuche vuestra reverencia los latidos de un corazon cristiano y aun católico y grite alborozada: ¡victoria! ¡victoria! *Salutem ex inimicis nostris*: han confesado que teníamos razon, nuestros mismos enemigos.

Dice pues la escritora: «Safo amaba á un hombre. Teresa á un Dios, y á pesar de esto, las emanaciones de su amor son las mismas. Tambien Safo es espiritual cuando se contenta con el placer de una mirada. Tambien Teresa es voluptuosa cuando al tocar la Sagrada Hostia de la comunion, siente que su sangre hierve, que sus oidos zumban, que se turban sus ojos, que su lengua se abrasa. Safo vaga por las noches errante, trémula, desgredada en torno de la casa de Faon. Teresa pasa las noches en el insomnio, en el llanto al pié de la Cruz.

.....  
»Religiosas ambas segun sus creencias, llenas de unciones misteriosas y de aspiraciones sobrenaturales á la Divinidad. Ambas desean morir. Safo busca la muerte en los mares. Teresa en la horrible penitencia que quebranta su cuerpo.....

»El mundo antiguo tuvo para Safo una estátua.

»El mundo moderno tiene para Teresa un altar.»

¡Dios mio!! ¿Y es posible que la misma mano que ha trazado esas líneas haya en un mismo artículo afirmado que sobre aquel cráneo, el de Teresa, pesaba una mano de plomo que no la permitia levantar sus ideas á la altura de las preocupaciones?

¿Que haya afirmado «que el grande corazon de Teresa se comprime, su espíritu se amilana, su entendimiento se

»confunde y hasta su buena fé vacila cuando habla como »monja?»

Divinizacion y personificacion del Amado, deleites inefables, divinos arrobamientos, renuncia de la gloria y de las pompas del mundo, santidad de doctrina, aspiracion á lo sobrenatural... todo esto es poético y es inspirador. ¿Pues qué hay en todo esto que no practique el monjío? ¿Dónde hay ojos que no lo vean y oidos que no lo escuchen y personas instruidas que lo ignoren? Solo en las modernas sociedades. ¡Ah! liberalismo, á cuántos pierdes!

---

No condeno en absoluto el teatro; no detesto el Liceo; ni llevo á mal siquiera que las mujeres funden *para sí solas* academias.

Tengo para mí, no obstante, que no es en el teatro, ni en los liceos, ni en las academias donde mejor se prueba la virtud de la doncella; ni son estos lugares de fascinacion y de lisonja, las escuelas donde aprender los senderos de la belleza moral sublime.

Dejadla que camine por las crestas escarpadas; que las huellas impresas al pasar se vean salpicadas de lágrimas... y las auras que se acerquen á besar su frente sean las portadoras de sus suspiros!.....

No es prudente, á la verdad, curar al hidrópico con agua, ni con ardores de placer moralizar al hombre degenerado.

De Jesucristo y su Madre Santísima, verdaderos tipos de belleza cuya imitacion se proponia la Doctora de Avila, no se lee que asistieran mas de una vez á bodas y entonces, para santificarlas. La Vírgen, á pesar de su sabiduría superior á la de todas las criaturas, no se dice que jamás tomase la palabra en aquellas academias que se llamaban sinagogas. Tampoco le ocurrió fundar ninguna.

Y venia con su Hijo á regenerar el mundo. Y prefirió á los triunfos literarios y científicos el camino del Calvario. En el templo se desarrolló vigorosamente, meditando los salmos

de David y acompañando los cantares con instrumentos músicos, su sublime génio poético.

¿Y Teresa? ¿Necesitábase para que le fuera dado remontar su vuelo, como indica la escritora, «dar á su vista campos de risueña vegetacion, la alegría de nuestros hermosos ríos, la contemplacion del magestuoso Océano.....» Necesítalo para conocer las grandezas de Dios y las miserias de la humanidad? ¡Ay! No querais, apartándola de su amado Jesús, apagar su imaginacion y distraer sus potencias. Mujeres del temple de Teresa para nada necesitan esas ayudas. Dejadla concentrar sus afectos é invocar á su Amado, sino es bastante desde el fondo de su alma, templo del Espíritu Santo, desde allá adelante, entre el vestíbulo y el altár junto al Sagrario; y entonces se dilatará su mente comprensiva, y si tal vez antes, como de sí misma refiere, no podia su imaginacion representarse los objetos corporales, muy pronto los distinguirá con claridad, y á su mismo cuerpo lo verá claro como un limpidísimo espejo y se le representará, «sin ver cosa formada, como se ven en Dios todas las cosas y como las tiene todas en sí;» y verá la divinidad cómo «un muy claro diamante que lo encierre todo en su grandeza,» donde aparezcan á su intuicion los más feos y ocultos pecados al mismo tiempo que las mas bellas acciones. Entonces prorumpirá en un cántico sublime, ó mejor dicho, volverá á entonar el que pronunció, que no será el resumen de los humanos ecos, pero sí una brillante muestra de las celestiales melodías; y será un cantar solo comparable, como dice la escritora Doña Carolina Coronado, con los himnos de los Profetas; y será un himno inimitable, superior á los de todos los poetas y poetisas del mundo, literatos y literatas, nacionales y extranjeros, pasados, presentes y por venir.

EDUARDO GASQUE Y VIDAL.

ERRATAS. En la página 5 donde dice, «con el día citado,» debe decir «con el dictado.»—En la página 11 donde dice, «la ha sido enseña,» debe decir «ha sido la enseña.»



